

Cuaderno abierto

Por Antonio PEREIRA

Ahora está de moda el hermanamiento de las ciudades unas con otras, quiero decir a nivel (ya salió el nivel) corporativo y con todas las bendiciones municipales. Yo no sé si León está hermanada formalmente con alguna ciudad de España o de fuera de España, ni siquiera si lo está con Gijón, y es mal momento para informarse porque del cuerpo de cronistas oficiales, la mitad (Crémer) está de vacaciones y la otra mitad (Waldaliso), que se ha quedado de guardia, merece ser solicitada únicamente para casos de urgencia histórica. La duda no existiría si las poblaciones que deciden un jumelage lo proclamaran en un cartel permanente, como he visto con admiración en la ciudad italiana de Perusa. «Perugia -se le anuncia al viajero nada más entrar-, hermanada con Bratislava.»

Pero el rizar el rizo del hermanamiento es el hermanarse las calles, ocurrencia que ya se ha dado. Tocante a las de Perusa, el visitante que aquí habla se adentra en esas calles de piedras convivientes -etruscas, romanas, cristianas...- cuando va estando mediada la mañana del domingo. Y de pronto, al encontrarse en la vía principal, al viajero le da un salto el corazón. Propongo seriamente que la calle (mal rotulada como avenida) de Ordoño II de León, se hermane con el Corso Vanucci de la capital de Umbría. Hay un algo secreto que nos enlaza. Habría mucho más... si en León siguiéramos teniendo domingos.

Algo debe de haber cambiado entre nosotros con más radicalismo que en otras partes -o acaso es que vamos con retraso cuando los vecinos están ya de vuelta- para que una población extranjera importante y próspera, pongamos que de ciento cincuenta mil habitantes, le traiga a uno aromas nostálgicos de una vida que parece definitivamente perdida. Hablo de pequeñeces, lo sé. Me pidieran precisiones y sólo sabría yo aportar el sonido de las campanas que tocan a la misa del domingo, al atuendo de la gente vestida de domingo, las caras de domingo. La calle que va desde la plaza de Italia hasta la fontana memorable es un cauce cerrado a los coches, pero no desierto, colmado por un vecindario que pasa y pasea, se mira y saluda, y compran periódicos y los hojean, y pasteles, y los viejos y los menos viejos y los niños se paran junto al templete donde la Banda Municipal ha plantado su cartel cambiante, ahora el «Barbero de Sevilla», después un vals de Strauss, al fin una

marcha que les sirve para echarse a la calzada de la calle, llenándola todavía más de domingo.

Y luego, la tarde. La tarde que iba a ser para muchos (muchos) centenares de perusinos, definitivamente musical. Y en no escasa manera, española, gracias a Cristóbal Halftter. Dos horas para la batuta del director español -de Madrid, de Villafranca del Bierzo-, conductor de la Orquesta Nacional de Santa Cecilia y Coros de Praga en su propia obra de compositor y en los salmos de Strawinsky. Con la cola de los comentarios de los asistentes que todavía al final de la tarde se daban una «vuelta por Ordoño», quiero decir por la calzada del Corso...

Bien. Quizá este cronista sea demasiado afín, por razones generacionales y geográficas, a una estética de lo entrañable y menor. Quizá en la ocasión que aquí se evoca haya habido también centenares o millares de ciudadanos de Perusa que no pisaron su calle principal y que al caer la noche regresaban en sus coches desde las arboledas de Umbría, atascando las carreteras y autopistas después de un retozo que nadie juzgará ilegítimo. Pero digo, con gran convicción, que ninguna sociedad cultural leonesa se atrevería ahora mismo a organizar un acto relevante en domingo. Por si la directiva se encontraba compuesta y sin público al llegar la hora. Y esto suponiendo que acudiese la directiva.